

CAPÍTULO LXXXVII

LAS IDEAS

I. — LA LITERATURA DE AQUEL TIEMPO NO ES LA EXPRESIÓN DE LA VIDA GENERAL

Los precedentes capítulos han dado á conocer qué ideas tenía el pueblo romano sobre la constitución de la familia, de la ciudad y del gobierno, y por consiguiente sobre los derechos y deberes del padre, del magistrado y del príncipe. En su mayor parte eran viejas ideas en que se mezclaban diariamente, por el solo efecto del tiempo y el desenvolvimiento de la civilización, concepciones que eran nuevas para aquel tan duro mundo de la antigüedad. El espíritu de equidad ensanchaba las estrechas formas del derecho quirritario; la familia se organizaba ya libremente; el esclavo venía á ser una persona; la caridad entraba en la administración del imperio y de las ciudades, los buenos sentimientos en el comercio habitual de los ciudadanos, y la fraternidad humana sustituía la idea de los privilegios de raza. Era el comienzo de la mayor revolución que hubiera visto aun el mundo.

¿Qué nos dirá ahora la literatura? ¿Qué influencia tuvo en este movimiento de renovación?

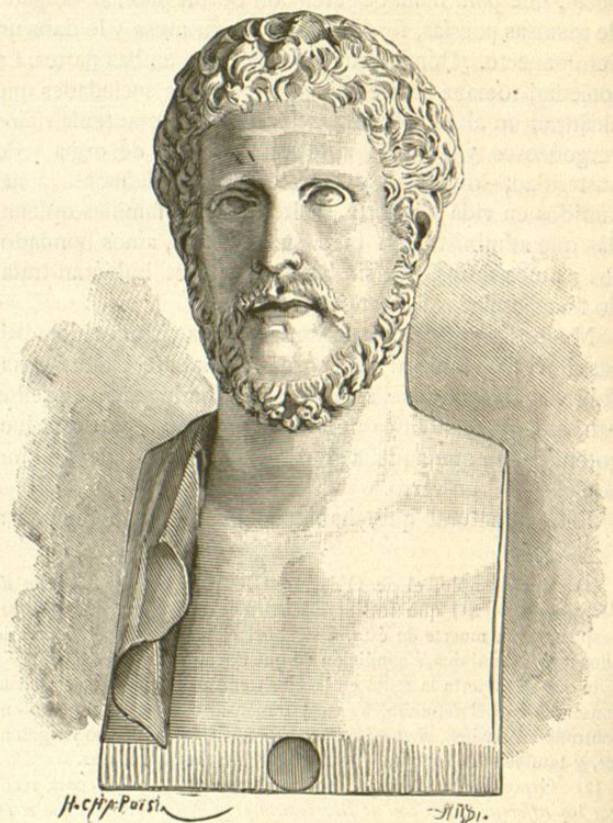
Se pretende que los escritores son los fieles representantes del estado intelectual de un pueblo. Ellos indican las corrientes superiores que atraviesan las sociedades y las arrastran á veces, pero que con frecuencia también no existen más que en la superficie; y no siempre indican las corrientes profundas que determinan los movimientos decisivos en el seno de la masa entera de la nación. Esto es cierto, sobre todo con relación á la literatura que sucede á la del siglo de Augusto.

Después de haber tenido, de Plauto á Lucrecio, la rudeza, la virilidad y á las veces el esplendor y la audacia de la juventud; después de haber florecido, de Cicerón á Ovidio, con serenidad y belleza, la literatura romana llegaba á la senectud. Había perdido la facultad encantadora de crear, que sólo pertenece á las épocas privilegiadas; y en lugar de ser la expresión de la vida nacional, servía para los juegos de ingenio de poetas menesterosos que tenían necesidad de distraer á senadores malhumorados. Venía á ser una industria y se tomaba por oficio. Estando prohibida la política, que es la ciencia de las realidades, se había entrado en el mundo de las quimeras. En todo se forzaba el tono: el arte se hacía colosal, no pudiéndose hacer armonioso, y se afeaba con una ornamentación pesada. Los poetas ahuecaban la voz, sobrecargaban la frase con palabras que se excedían de la idea, y tomando el oropel por oro puro, corrían tras del ingenio, que no vale sino cuando viene él de suyo á añadir gracia á la fuerza. Cuando tenía el presente una vida tan llena, esta literatura se entretenía con fábulas mitológicas, y cuando la sociedad procuraba purificarse de los sórdidos dejos del siglo de Nerón, se complacía ella en menear y remover el fango. En el pecado llevó la penitencia, como suele decirse, puesto que entonces que todo prosperaba decaía la literatura.

Y no es que no se supieran todos los géneros de escribir, todos los procedimientos de estilo, todas las figuras de

retórica ni que no se emplearan según los preceptos de la escuela. Como el poeta dramático que se ocupa muy más en mover la maquinaria del teatro que en conmover por los afectos del ánimo, los escritores de aquel tiempo tomaban lo accesorio por lo principal. Lo que debía quedar como el principio de la vida literaria, vino á ser el objeto y el fin; trabajo estéril que ocupaba ingenios sin alas para elevarse á las altas regiones. Así se puede, sin injusticia, pasar rápidamente por el lado de todos ellos.

Ved los grandes poetas de la época; Silio Itálico y Estacio. Tienen imaginación de detalle; no tienen en el alma la facultad creadora, ni en el corazón los grandes sentimientos que dan á la obra del poeta una vida inmortal; son arqueólogos escribiendo en verso. Silio, senador pru-



Persio (Aulus Persius Flaccus) (1)

dente y avisado, que fué cónsul bajo el poder de Nerón y acaso otra vez en el imperio de Domiciano, siendo siempre, poco más ó menos, un hombre de bien, se sustrajo á los peligros de ambos reinados y á las tristezas de la vejez escribiendo tranquilamente todos los días algunos hemistiquios, que fueron así creciendo hasta constituir un poema de diez mil versos; versos que el historiador consulta, pero que no lee el poeta.

Estacio, al contrario, es un improvisador, y se tiene en cuidado advertir á la posteridad que versificaba de corrido,

(1) Busto del Capitolio, sala de los Filósofos, núm. 35.

bien así como el bueno de Plinio quería que se supiera que podía perorar hasta siete horas seguidas. «Ninguna de mis silvas, dice, me ha costado más de dos días y algunas me han costado mucho menos.» Cantó las hazañas de los siete jefes delante de Tebas, lo que debía ya molestar á los romanos de su tiempo.

Valerio Flaco se remontó más aún, hasta los Argonautas; poemas mitológicos y sin vida, placer de un momento para los ociosos letrados y que el pueblo no podía comprender.

Marcial, á quien se hace en verdad demasiado honor, no se mete en tantas honduras y es más de su tiempo. «Mi musa, dice, no se envuelve con orgullo en el extravagante manto de los trágicos. A estos todo el mundo los alaba y admira, lo confieso, pero á Marcial es á quien se lee.» Y con razón se jactaba, porque, en efecto, se leían en todas partes, y á creerlo á él, hasta en las casas honestas, sus mil quinientos epigramas, piececillas muy cortas, pues la más larga no llega á cincuenta versos. En ellas se encuentra ingenio, á veces naturalidad, concisión, que es el principal mérito á que él tiende, y habilidad en lanzar el dardo final. Pero este escritor de corto aliento no revela para nosotros sino un talento de tercer orden prostituyéndolo en todas las mancebías. Poeta mendigo, adula al dios Domiciano para sacar de él algunos áureos, y si pasea su musa vestida de corto por todos los fangos de Roma, tanto es por cálculo como por gusto: él se propone vender bien sus libros y asegurar la clientela de todos los libertinos. «Mis versos son licenciosos, dice, pero mi vida es irreprochable (1).» — Te engañas, Marcial: tu vida no es honrada, porque especulas con el vicio para vivir (2).

Persio declama con oscuridad y concisión sobre sentencias morales; Juvenal, con energía sobre los vicios de Roma; Lucano, con brillantez sobre las guerras civiles. El primero es hombre de noble índole, y su libro, especie de catecismo de la doctrina estoica, está lleno de esa filosofía que elevó tanto algunas almas y que encontraremos muy pronto. De corazón virgen y de talento viril, tiene grandes pensamientos, bellos versos «aunque apretados y premiosos,» y una vida sin tacha. Y murió á los veintiocho años: honrémoslo pues.

Manibus date lilia plenis.

Sabido es todo lo que hay en Lucano de superficial y forzado, al lado de espléndidas bellezas. Escritos sus versos para algunos jóvenes que en frente de las orgías del despotismo se enardecían á la imagen de una república ideal, no respondían al sentimiento público. Desde el tiempo de los Antoninos habían pasado de moda (3). Lucano mira atrás: nada pues tendríamos que pedirle para el presente, ni menos para el porvenir que se acerca, si en sus versos, en que reina la doctrina del Pórtico, entonces dominante, no se encontraran algunos ecos de su tiempo: la idea de la ciudad universal, del género humano deponiendo las armas para reemplazar la guerra entre los pueblos con una amistad fraternal, aquella misma que los filósofos no expresaban de los fecundos trabajos de la paz trasformando la faz del mundo. Después de haber mostrado el inmenso esfuerzo

(1) Era un eco de las palabras de Ovidio, igualmente poco verdadero. «Mi musa ha sido ligera, pero mi vida fué pura.» (Tristes, II, 354).

(2) Habla á menudo de su librero, da sus señas y del precio y le envía aficionados á sus libros.

(3) Suetonio (*Vida de Lucano*) señala como un uso olvidado, que en su infancia se leía á Lucano en las escuelas... *Poemata ejus praelegi memini.*

de César para envolver en sus líneas á Pompeyo con sus tropas, exclama:

«¡Qué inútil labor! Tantos brazos hubieran podido reunir á Abidos y Sestos, romper las ondas de Helén, ó separando á Pélope de Corinto aislada, ahorrar á la navegación el rodeo del cabo Malio (4).»

Cuando el ejército republicano llega al oasis de Ammón, ruega Labieno á Catón que consulte el oráculo. ¿Qué necesidad hay de interrogarle? contesta éste. «Un dios hay en nuestros corazones, el cual nos habla sin voz: al darnos la vida, nos ha dicho de una vez todo lo que hay que saber.»

Este dios es el de Epicteto, y por entonces anunciaba San Pablo casi en los mismos términos al Areopago de Atenas al Dios desconocido (5).

Juvenal es autoridad para las costumbres de aquella época. ¿Qué vale sin embargo su testimonio? Impórtanos señalarlo, y su vida y su manera de escribir nos lo darán á



Apuleyo (según Visconti, *Iconog. rom.*)

conocer. Hijo ó pupilo de un liberto, parece que no tuvo una existencia fácil; á lo menos no supo hacerse valer en el foro, pues permaneció en la pobreza, cuando tantos otros se enriquecían en él, ni en el ejército, donde no pudo pasar de jefe de cohorte; y se dió á declamar y declamó mucho tiempo sin adelantar un paso en el camino de la fortuna. Se dedicó á la poesía, sino á destiempo, bastante tarde, en los años en que la imaginación se enfría, aunque la sangre guardé bastante calor para la cólera. Por su nacimiento, por su talento y por la medianía de sus bienes era, como Marcial, lo que llamaríamos un hombre sin posición. Pero el poeta de Bilbilis, jovial de suyo, era dado á reír, aun en la penuria; mientras Juvenal, uno de esos hombres á quienes la naturaleza ó su condición hacen téticos y foscos, lo veía negro todo y todo lo pintaba de este color. No conocía los matices, y con esto, así lo irritaba un crimen como una extravagancia. La sociedad, donde no encontra-

(4) Y añade estos expresivos versos:

*Aut aliquem mundi, quamvis natura negasset,
In melius mutare locum.*

(5) Hechos de los Apóstoles, XVII, 28.

ba más que un lugar modesto, le parecía mal constituida y se hizo su implacable juez; á menos que toda aquella cólera no fuera más que un cálculo, y que en lugar de cuadros históricos no se hayan de ver en su obra sino antiguas tesis de escuela versificadas con elocuencia.

El mismo nos dice que antes de escribir examinó friamente todos los géneros á la sazón en boga y que por repugnancia á las elegías y teseidas que le ofendían los oídos, hubo de decidirse por la sátira, siendo un género desusado.

Pero, en verdad, huía de su tiempo, como quiera que los que va á flagelar con su mordaz hipérbole no serán más que «los muertos que reposaban á lo largo de las vías Latina y Flaminia,» los compañeros de Nerón, del príncipe joven, artista y libertino que dió rienda suelta á todos los vicios de Roma, capaz de todas las locuras de que él mismo estaba poseído.

Juvenal compuso diez y seis sátiras brillantes y sonoras contra las mujeres, los nobles, los hipócritas, etc., semblanzas acaso exactas, atento á algunos individuos, falsas á buen seguro como representación de la sociedad entera. No, no toméis á Juvenal por el pintor verídico de las costumbres romanas, sobre todo de las costumbres del tiempo en que él vivió, el gran siglo de los Antoninos.

Los prosadores entran más en la vida real. ¿Ejercieron una acción más seria, incluso Séneca, de quien hablaremos aparte?

Petronio, que es medio poeta, y Apuleyo, que hubiera podido serlo, escribieron dos romances picarescos ó novelas de aventuras, en que se revela un aspecto repugnante de las costumbres romanas, pero sin más pretensiones á la verdad general que las que tienen los autores de obras de este género. Apuleyo, hombre de talento y elevadas ideas, que tiene su puesto en el movimiento filosófico de la época, parece haber querido por apuesta vivir algunos días en mala compañía. A dicha sale de ella de una manera, que es para sí mismo y para su lector una verdadera liberación.

Petronio también, cansado momentáneamente de las elegancias de la sociedad, penetra en lugares prohibidos; gran señor hastiado que se envilece por distraerse.

Nosotros no dejaríamos rodar sus libros por nuestras mesas; sin embargo, la buena sociedad romana los ponía sobre las suyas. Así pues nos inclinaremos á creer que buscaba distracciones bien groseras, si no supiéramos que la alta sociedad de nuestro siglo xvii, como su una mujer honrada que puede oír muchas cosas, sin que se turbe su virtud, gustaba de la lectura de Petronio, y no se espantaba de las palabras verdes de Molière. Hemos refinado el pudor, ¿valemos más por ello?

Plinio el Antiguo tenía la curiosidad de un sabio, curiosidad que le costó la vida; pero no tenía espíritu científico. Era un coleccionador que recogía todo lo que encontraba, lo bueno y lo malo, y disponía los hechos en sus armarios, siguiendo un orden exterior, sin elección, ni crítica ni unirlos jamás con un lazo filosófico. La ciencia de Aristóteles, de Teofrasto, de Hipócrates y de Hiparco viene á ser para él un empirismo á veces grosero. De la naturaleza y la vida no ve más que la superficie; todo es para él fenómenos y accidentes, nada armonía ó ley general. Las declamaciones que intercala por aquí y por allá, tenidas por muy elocuentes en otro tiempo, son ya, miradas de cerca, muy poco filosóficas.

Con todo eso debemos gratitud á aquel amigo de Vespasiano, que encargado de funciones públicas, fué como él, honrado en el poder, y como el príncipe también, trabajador infatigable, que tomaba de la noche el tiempo necesario para leer y conservar para nosotros lo que había apren-

dido. Su colección prueba una vez más lo que llamaríamos en el lenguaje extraño de hoy la tendencia realista del espíritu romano. Este libro formado de los despojos de dos mil volúmenes que hemos perdido, es á su vez otro despojo de los más preciosos de la antigüedad, y la abundante mina que deben ahondar sin cesar los que quieren conocer las costumbres, la industria, las artes y mil hechos curiosos de la historia del primer siglo de nuestra era.

Su sobrino Plinio el Joven, en el panegírico de Trajano y en muchos de sus escritos perdidos, creía competir con Demóstenes y Cicerón: es Fontanes sucediendo á Mirabeau. En sus cartas, Cicerón nos lleva á Roma y al senado, á las villas de los magnates y á los gobiernos de provincias; nos habla de las intrigas que se urden, de las ambiciones que se agitan, de los acontecimientos que se preparan y de los que se realizan. Los hombres de quienes habla son figuras vivientes, que dibuja con rasgos indelebiles. En su correspondencia, el literato admira el ingenio más sutil y el estilo más limpio; el historiador ve la sociedad reflejada allí como en un espejo, y el filósofo, en presencia de un hombre que se entrega enteramente, encuentra también su parte.

Las cartas de Plinio, escritas para el público, no bajo la presión de los acontecimientos y de la pasión, mas por el solo placer de escribir, carecen de naturalidad y de interés. El autor toma actitud ó postura para el retrato que quiere que se haga de él. Por eso no olvida nada de lo que puede realzar ó ennoblecer su imagen, ni una fundación en favor de una ciudad, ni una liberalidad á un amigo, ni lo que considera como grande audacia, una visita, por ejemplo, á los afueras de Roma á ver á un filósofo expulsado de la ciudad y ciertas palabras dichas en el senado, ni lo que tiene por una indiferencia estoica, su tranquilidad en frente del Vesubio sepultando las ciudades campanienses.

Es sin duda el defecto de todos los autores de epístolas; pero esta preocupación personal no está compensada en las suyas por el animado cuadro, ya de una brillante corte, ya de una sociedad elaborando un nuevo mundo. Plinio queda bien lejos de los grandes escritores del género epistolar. Sin la correspondencia oficial que informa su libro décimo y donde tiene que escribir como gobernador de provincia, sus cartas nos dirían muy poco.

Nos dejan, sin embargo, entrever una sociedad digna y honorable, donde el mismo Plinio y Tácito su amigo, estaban en su lugar, y que ciertamente ayudó á vivir al imperio impidiendo que perteneciera á los truhanes de Petronio y á los enervados de Marcial y Juvenal.

Tácito es otra figura: es un hombre de bien, como Plinio, pero además es un gran escritor, que en ciertos respectos tiene el derecho de reclamar el primer puesto entre los prosadores latinos. Su pensamiento es vigoroso como su estilo, aunque su profundidad sea más aparente que real, porque pintor incomparable y prodigioso artista en buen decir, no fué un filósofo ni un político. Muy hábil sería quien descubriera sus creencias. Supersticioso, no sabe bien si más allá del sepulcro se encuentra una sanción de la vida, y admite la fatalidad, es decir, lo contrario de aquella libertad que él tanto amaba. A lo más deja á la prudencia humana el derecho de elegir, en la vía trazada por el destino, el estrecho sendero en que no hay baja ni peligro, porque hace pasar á los que lo siguen entre la resistencia que pierde y el servilismo que deshonra.

Su religión, si tiene alguna, es sombría como su alma: no cree en la beneficencia de los dioses, pero cree en su cólera. Después de haber trazado en sus *Historias* el cuadro de las calamidades que el imperio ha sufrido ya, ex-

clama: «Jamás probaron al mundo más justos decretos de las potestades divinas, que si los dioses no velan por nuestra seguridad, á lo menos, tienen buen cuidado de castigarnos.»

En política es su ideal el que Trajano ha realizado: no desea más que un buen príncipe que gobierne de acuerdo con el senado, y las tragedias que tan admirablemente ha referido no le han enseñado que un grande imperio necesita prendas de seguridad independentes de los hombres. No prevé que los Antoninos, precedidos por Domiciano, serán seguidos de Cómodo, porque no teniendo el imperio la regla que hay en las instituciones ni la que imponen las creencias, vive al azar, sin que nada asegure en él la perpetuidad del bien ó detenga la invasión del mal.

Los libros de Tácito son de aquellos que siempre se leen. Quien quiera restituir á nuestra lengua la firmeza que pierde con las improvisaciones de la tribuna y de la prensa, debe estudiar su frase breve y fuerte, más bien que el período ciceroniano que se desarrolla en amplios y suntuosos pliegues, que una mano inhábil hace tan fácilmente flotantes y flojos.

Con su carácter y con su vida honra Tácito las letras latinas y las de todos los tiempos. Pero cuando ha mostrado uno sus indignaciones, que á menudo lo extravían, y sus reivindicaciones de la libertad, que deja siempre en una vaguedad elocuente, se ha dicho todo sobre su influencia en sus contemporáneos. Sin embargo, sus libros contribuyeron ciertamente á suavizar el carácter del principado y á acercar el senado al emperador. Es un servicio bastante grande para que la historia pronuncie su nombre con gratitud.

Suetonio debió hacer un excelente secretario imperial para las cartas latinas. Pero este escritor cuya frase es selecta, como feliz su expresión, parece no haber pensado nunca. Es un ingenio corto y un pobre historiador. Recoge sin comprobación ni examen los hechos que los archivos y monumentos contemporáneos le suministran, y los dispone en un orden aparente de materias que no es sino azar y confusión. Su colección es una mina preciosa de datos, que hay que tomar con prudencia, pero no es una obra viva. Fáltale el gran arte de la composición, y asimismo la filosofía que interpreta los hechos y descubre la verdad oculta bajo apariencias contrarias. Tiene por milagros ridículos la firme fe de los antiguos tiempos y se espanta de los sueños.

Nada tenemos que pedirle, como tampoco á Quinto Curcio, el crédulo historiador de Alejandro, á Justino el compilador de Trogo-Pompeyo, y ya sabemos lo que hay que pensar de Frontón, á pesar de la amistad de Marco Aurelio.

Columela, Pomponio Mela y Frontino han dejado preciosos datos sobre agricultura, geografía, táctica y acueductos; pero sus libros son de esos que suministran hechos sin dar ideas (1).

Podemos también pasar de largo por delante de las *Instituciones oratorias*, obra tan correcta como fría, pero de gusto muy puro, en que Quintiliano reunió todos los preceptos de la escuela para formar el orador. Sabe muy bien que ningún maestro dará nunca la invención que descubre, la lógica que encadena, la pasión que enardece, los acentos que despiertan un eco en las almas, y que, si el arte hace á los retóricos, sólo la naturaleza, las circunstancias y el estudio de los grandes modelos hacen á los grandes

(1) Lo mismo puede decirse de Julio Obsequens (*de Prodigis*), de Censorino (*de Die natali*), de Aulo-Gelio (*Noctes Atticae*), cuyo libro dice su mismo autor «que fué escrito sin examen ni orden.»

oradores. El hábil retórico tiene, á lo menos, el mérito de reconocer que al contacto del genio, y no en la escuela, se enciende la llama del genio.

En resumen, dejando á Tácito aparte, todos estos autores forman sólo una literatura de segundo orden, con frecuencia afectada, amanerada, tomando la exageración por la fuerza, la sutileza por la naturalidad y careciendo de la facultad creadora.

No es que el público hubiera sido poco favorable á las letras; se tenía un gusto muy vivo para ellas, y nada ponía aquella sociedad por encima de las recreaciones del espíritu. Había afición á los libros y se buscaban con ahinco; se formaban bibliotecas que salvaban á lo menos los tesoros de las antiguas literaturas (2), y como este gusto se extendía á la provincia, fué útil á la propagación de los libros por todo el imperio. Había librerías en Lyon y en Autun, y sabemos que los libros y los *Epigramas* de Marcial corrían por la Galia y la Bretaña, como por todas partes los versos de Ovidio.

Había también sociedades literarias; Augusto fundó una Academia en el palacio imperial; Calígula otra en Lyon; y el Museo de Alejandría era siempre un foco científico. El hijo de Agripina había instituido los *juegos Neronianos*, que renovó Domiciano, añadiendo el concurso ó certamen del Capitolio (*Agon Capitolinus*) donde cada quinquenio se disputaban premios de poesía, de elocuencia y de música.

Pero aquella sociedad era demasiado feliz, y las tierras demasiado ricas dan frutos sin sabor, mientras los perfumes de Arabia se crían en áridas arenas: el gran arte decaía. Sin embargo, si la tribuna estaba muda, tan á menudo se encontraba en la Roma imperial como en la republicana, ocasión de hacer brillantes discursos: en los tribunales, en la curia, en las sesiones de declamación, en las reuniones de todo género, hasta en el ejército, donde según numerosas medallas, algunos emperadores arengaban á los soldados. En fin, una nueva y poderosa elocuencia iba á nacer, la de los filósofos, procurando atraer á sí la multitud con verdaderos sermones, y la de los doctores de la Iglesia, que por medio de la palabra iban á conquistar el mundo pagano.

No existiendo la prensa, se hablaba más que se escribía. Era una necesidad en el estado de las costumbres, y así, la educación daba en las escuelas grandísima importancia á la oratoria, arte que el mismo gobierno favorecía. Las más antiguas cátedras instituidas por él fueron las de los retóricos, ó como nosotros diríamos, de los profesores de elocuencia. Quintiliano mereció la primera, y Vespasiano, con ser tan económico, la dotó con una pensión de 100.000 sestertercios. Adriano, Antonino y Marco Aurelio multiplicaron estas dotaciones y concedieron á los profesores preciosas inmunidades.

Todas las ciudades de alguna importancia siguieron este ejemplo, y bien puede decirse que en ninguna otra época se cultivó más el arte de buen decir. Los Césares, los Flavios eran también hombres de letras; los Antoninos fueron artistas ó filósofos, y jamás hubo príncipes que hicieran más por el desenvolvimiento de la vida intelectual.

Verdad es que la política y la historia estaban mudas, á lo menos en tiempo de Césares y Flavios, porque durante el reinado de Trajano escribía Tácito sus tremendos libros, y Suetonio, el secretario de Adriano, sus implacables biografías en su necia imparcialidad. Aun en frente de Nerón, cantaba Lucano las virtudes de Pompeyo, y Horacio en la

(2) Larcio Lucino ofreció á Plinio el Antiguo 400.000 sestertercios por su manuscrito de la *Historia natural* (Plin. el Joven, *Epist.* III, 5).